

arena, abriendo anchísimas grietas. El aspecto de esos caminos y montañas que los rodean entristece á los viajeros recordándoles la profecía que ciertamente se ha realizado: „el mismo extranjero que vendrá de lejos, quedará asombrado á vista de la miseria del pais."



CAPÍTULO IV.

ALDEAS DEL BUEN LADRON Y DE SAN JEREMIAS.

SALIMOS de Rama el 4 de octubre á media noche, y el padre presidente nos llevó por caminos extraviados al parage adonde nos aguardaba Abou-Gosh, y luego se volvió á su convento. Nuestra tropa se componia de este caudillo árabe, del dragoman de Jerusalem, de mis dos criados y del beduino de Jafa, que cuidaba del equipage. Nosotros llevábamos siempre el traje de unos pobres peregrinos, pero íbamos bien armados debajo de nuestras miserables ropas. Despues de haber andado como una hora por un terreno desigual, llegamos á varias ruinas que se hallan en lo mas alto de unas rocas, y como otra hora despues comenzamos á entrar en las

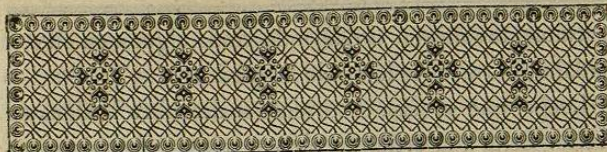
montañas de Judea, pasando por una rambla que da vuelta á un montecillo árido y aislado. Encima de este montecillo se veían las ruinas de una aldea y de un cementerio abandonado: esta aldea se llama la del *Ladron*, porque en efecto es la patria de S. Dimas ó el buen Ladron. Tres millas mas allá entramos ya en los montes, siguiendo siempre el camino de la rambla: la luna habia menguado mucho, y así apenas nos alumbraba en aquella hondonada, en la que oíamos bien cerca de nosotros el áspero gruñido de los jabalíes. Al contemplar aquellos solitarios y estériles parages, comprendí muy bien por qué la hija de Jephthé queria llorar sobre la montaña de Judea, y por qué los profetas iban á lamentarse á los parages encumbrados. Desde que amaneció nos hallamos entre montañas de forma cónica, muy semejantes entre sí y unidas unas á otras por su base. La roca que forma el núcleo de estas montañas rompía por entre ellas; y sus fajas ó cornisas paralelas formaban como el graderío de un anfiteatro romano. En los rodeos de estas montañas se veían algunas carrascas, bojés y adelfas, y en lo interior de las cañadas ó ramblas que allí se forman, y en las vertientes de las montañas algunos oliyares. Habiendo llegado á lo mas alto de los montes, y volviendo la vista, al camino que acabábamos de andar, descubrimos hácia el mediodía y el occidente, la llanura de Saron hasta Jafa, y el horizonte del mar hasta Gaza; y enfrente, esto es, al norte y levante, comenzaba el valle de S. Jeremías; y siguiendo la misma direccion, y en lo alto de unas rocas, se

descubre á lo léjos una fortaleza antigua llamada el castillo de los Macabeos. Creese que el autor de las Lamentaciones nació en la aldea que ha conservado su nombre en medio de estos montes, aunque esta tradicion no se sostiene en buena crítica. Pero lo cierto es que la tristeza de estos parages parece respirar en los cánticos de este profeta del dolor.

Sin embargo, al acercarme á la aldea de S. Jeremías me consolé con una vista no esperada, y fué descubrir algunos rebaños de cabras de casta de orejas caidas, y carneros de colas largas, y asnos que por su hermosura me hacian acordar del onagro que nos pinta la Sagrada Escritura. Era al amanecer y salian de la aldea para ir á pastar. Las mugeres árabes estaban secando las uvas en las viñas: algunas tenían el rostro tapado con un velo, y llevaban un cántaro de agua sobre la cabeza, como las hijas de Madian. El humo de la aldea subia formando una blanca niebla alunbrada por los primeros rayos del sol: se oían confusas voces y alegres cantinelas, lo cual formaba para mí un agradable contraste con la aridez de aquellos parages, y el recuerdo de la pasada noche.

Nuestro caudillo árabe habia recibido adelantado el derecho que aquella tribu exige de los viajeros, y así pasamos sin estorbo alguno. Quedé admirado cuando de pronto oí gritar claramente en frances: "adelante, marchen." Volví la cabeza y ví una cuadrilla de muchachuelos árabes en cueros, que hacian el ejercicio, teniendo por fusiles unas ramas de palmera. No pude me-

nos de llenarme de gozo al ver aquellos beduinos de las montañas de Judea imitar nuestros ejercicios militares. No me asusté tanto por ello como cuando Robinson oyó hablar á su papagayo, pero no fué menos mi alegría. Dí algunos medines á aquel batallon de chicuelos, y les dije: “adelante, marchen;” y para no olvidar nada, añadí: “Dios lo quiere, Dios lo quiere,” como decian los compañeros de Godofredo y de S. Luis.



CAPÍTULO V.

VALLE DEL TEBERINTO Y ENTRADA EN JERUSALEN.

DESDE el valle de Jeremías bajamos al del Terebinto, que es mas hondo y estrecho que aquel, y tiene algunas viñas y cañizares. Llegamos al torrente donde David siendo jóven tomó las cinco piedras con que mató al gigante Goliat; y le pasamos por un puente de peidra, el único que se hallaba en aquellos desiertos: aun se veían algunos charcos de agua estancada. Allí cerca y á mano izquierda, en la parte baja de una aldea llamada Kaloni, descubrí las ruinas de un edificio antiguo entre otras mas modernas. El abate Mariti dice que es obra de ciertos religiosos, pero es un error muy grave, pues si la arquitectura de este monumento no es hebreaica, es

ciertamente romana, no dejando duda alguna en ello el tamaño, corte, y aplomo de las piedras.

Luego que se pasa el torrente se descubre la aldea de Keriet-Lefta á la orilla de otro torrente ó rambla enteramente seco. A lo lejos, y en la cumbre de un encumbrado monte, se descubre el pueblo de El-Biré en el camino de Nablous, Nabolos, ó Nabolosa, que es el Sichén del reino de Israel, y el Neápolis de los Herodes. Seguimos penetrando en aquellos desiertos, donde solo hallábamos de cuando en cuando algunas higueras silvestres. Hasta allí habíamos visto algun verde en el campo, pero este comenzó á aparecer mas desnudo de toda planta, y las montañas mas encumbradas, ásperas y estériles, cuyo color era de un rojo muy encendido. Tardamos una hora en trepar por aquellos encumbrados y espantosos cerros, y llegamos á la cumbre andando otra hora por la llanura ó mesa que se forma encima, y era igualmente estéril y llena de guijarros. De pronto y al otro extremo de esta llanura, descubri una línea de murallas góticas flanqueadas de torres cuadradas, detras de las cuales se descubrian algunos edificios. Al pié de estas murallas se divisaba un campamento de caballería turca con toda la pompa oriental. El guia exclamó: "El-Cods!" La Santa (Jerusalen), y escapó á galope, porque aunque Abou-Gosh era vasallo del gran Señor, temia que el bajá de Damasco, que acampaba allí, le hiciese pagar alguna suma de dinero, ó le mandase apalear.

Entonces comprendí muy bien lo que los historiados

res y viageros nos cuentan del gozo y admiracion de los cruzados y peregrinos al ver por primera vez á Jerusalen (1). Puedo asegurar que cualquiera que como yo haya tenido la paciencia de leer unas doscientas descripciones modernas de la Tierra Santa, las compilaciones rabínicas, y los pasages de los antiguos acerca de Judea, aun no conoce nada. Me quedé mirando fijamente á Jerusalen, y contemplando la altura de sus murallas, y acordándome de toda la historia desde Abraham hasta Godofredo de Bouillon; y pensando en la suerte del género humano enteramente cambiada por la venida del Mesías, y buscando en vano aquel templo del cual *no queda piedra sobre piedra*. Aun cuando yo viviese mil años, jamás olvidaré aquel desierto que parece respirar aun la grandeza de Jehova, y los espantos de la muerte.

(1) Jesucristo bondadoso, luego que tus ejércitos vieron los muros de la Jerusalen terrestre, ¡cuántos arroyos de lágrimas corrieron de sus ojos! Postrados despues en tierra é inclinado el cuerpo, saludaron, tu Santo Sepulcro; y á ti que en él estuviste te adoraron á ti que estás sentado á la diestra del Padre y has de venir á juzgar á todos. Rob. Monachus lib. 9.

"Luego que llegaron al lugar desde donde podian admirar á la torreáda Jerusalen, ¿quién contará debidamente las muchas lágrimas que allí derramaron? ¿Quién explicará sus afectos? Arrancaba el gozo los suspiros, y la grande alegría hacia sollozar. Al ver á Jerusalen todos se pararon, y doblada la rodilla besaron la Santa tierra y habrian caminado con los piés desnudos, si el temor del enemigo no los obligara á marchar armados. Andaban y lloraban por aquella ciudad sobre la que lloró Jesucristo; y ¡cosa admirable! el viernes 14 de Julio se apoderaron de ella no como de una madrastra sino como de una madre. Baldrie.

El Tasso ha imitado este pasage. "He aquí que aparece Jerusalen: he aquí que todos señalan á Jerusalen con el dedo, y mil voces reunidas saludan á Jerusalen." Las siguientes estrofas son admirables: Al gran júbilo y dulzura que en el pecho inspiró esta primera vista, sucedia una profunda contricion."

Los gritos del dragoman que me decia nos apiñásemos, pues íbamos á pasar por el campamento de los turcos, me volvieron del enagenamiento en que habia caido á la vista de los Santos Lugares. Pasamos por entre las tiendas de campaña, que eran todas de pieles de carneros negros, bien que habia algunos pabellones de tela rayada, principalmente el del bajá. Los caballos estaban ensillados y atados á las estacas. Me admiré de ver cuatro piezas de artillería de á caballo muy bien montadas, y las cureñas me parecieron inglesas. Nuestro trage y rara comitiva hicieron reir á los soldados. Al llegar junto á la puerta de la ciudad vimos al bajá que salia de ella, y al instante me quité el pañuelo que llevaba sobre el sombrero para resguardarme del sol, temiendo no me hiciesen algun daño tomándolo á desacato.

Entramos en Jerusalem por la puerta de los peregrinos, junto á la cual se halla la torre de David mas conocida con el nombre de torre de los Pisanos. Pagamos el tributo, y seguimos la calle que estaba enfrente, y luego tomando á la izquierda por entre unas malas casucas de yesones, llegamos á las doce y veinte y dos minutos al monasterio de los padres latinos, del cual se habian apoderado los soldados de Abdallah, que querian les diesen cuanto se les antojaba.

Es menester hallarse en la triste situacion de los padres de Tierra Santa para comprender el placer que les causó mi llegada, pues con esto se creyeron ya libres de todo insulto. Entregué al padre Buenaventura de Nola, que era el guardian del convento, la carta que

el general Sebastiani me habia dado para él; y el guardian me dijo: parece que la Providencia os ha traído en tan critica ocasion. Sin duda tendreis firmanes del gran Señor, y en este caso permitidme se los envíe al bajá, pues con esto sabrá que un frances ha llegado al convento, y que gozamos de particular proteccion. El año pasado nos obligó á pagarle sesenta mil piastras, siendo así que no es costumbre darle mas que cuatro mil, y esto á título de regalo. Quiere que este año le demos la misma cantidad, y nos amenaza con los mas crueles castigos si no se la damos. Nos veremos obligados á vender los vasos sagrados, pues hace cuatro años que no recibimos limosnas de Europa; y si esto continúa así, por fuerza habremos de abandonar la Tierra Santa, y entregar á los mahometanos el sepulcro de nuestro Señor Jesucristo.

A grande dicha tuve el poder hacer este corto favor al padre guardian: sin embargo, le supliqué me dejase ir al Jordan ántes de enviar los firmanes, para no aumentar las dificultades de un viage siempre peligroso, pues Abdallah hubiera podido hacerme asesinar en el camino, echando luego la culpa á los árabes.

El padre Clemente Perez, procurador general del convento, y sugeto no ménos instruido que atento, me llevó á la hospedería de los peregrinos. Dejé allí todo mi equipage, y me dispuse al instante para salir de Jerusalem, aunque mas necesitaba de descanso, que de habérmelas con los árabes del Mar Muerto. Mucho tiempo hacia que vagaba por mar y tierra para llegar

á los Santos Lugares, y apenas estaba al fin de mi viaje, cuando me alejaba de nuevo. Pero creí que debía hacer aquel sacrificio por unos religiosos que de continuo sacrifican por caridad y virtud sus bienes y aun sus vidas. Y tambien hubiera podido conciliar el interes de aquellos religiosos con mi propia seguridad, desistiendo del viage al Jordan, y poniendo límites á mi curiosidad.

Mientras se disponía mi partida, los religiosos fueron á cantar al coro, y con este motivo supe que se celebraba la fiesta del santo fundador de la orden, y me acordé que en efecto era el 4 de octubre, dia de San Francisco, que es el de mi nacimiento y nombre. Fui tambien al coro, donde hice oracion por el alma de la que en semejante dia me echó al mundo. *Parirás los hijos con dolores.* Tengo á gran dicha que mi primera oracion en Jerusalem no haya sido por mí. Consideré con sumo respeto á aquellos religiosos que cantaban las alabanzas del Señor á trescientos pasos del Santo Sepulcro, y no podia ménos de enternecerme al contemplar aquella débil, pero invencible milicia, que ha quedado sola para la guardia del Santo Sepulcro, que no pudieron defender los reyes.

El padre guardian envió á buscar un turco llamado Ali-Agá para que me llevase á Belen. Este Ali-Agá era hijo, de un agá de Rama, á quien el tirano Djezzar hizo cortar la cabeza: habia nacido en Jericó, llamado hoy Rihha, y se intitulaba gobernador de aquella aldea: era hombre resuelto y animoso, y me fué muy

útil. Lo primero que hizo fué mandarnos que yo y mis criados nos quitásemos las ropas árabes para tomar el trage frances, pues aunque ántes era despreciado de los orientales, en el dia les infunde respeto y temor, á causa de que los franceses han recobrado la fama que tuvieron ántes en este pais, pues caballeros franceses fueron los que restablecieron el reino de Jerusalem, así como fueron soldados franceses los que cogieron las últimas palmas de Idumea; y así es que los turcos os enseñan á un mismo tiempo la torre de Balduino, y el campo del emperador: aun se ve en el Monte Calvario la antigua espada de Godofredo de Bouillon, que parece estar guardando el Santo Sepulcro.

A las cinco de la tarde ya teniamos allí tres buenos caballos: tambien nos acompañó el dragoman del convento llamado Miguel. Allí se puso al frente de todos nosotros, y partimos para Belen, donde debiamos hacer noche y tomar una escolta de seis árabes. Habia yo leído que el guardian de San Salvador es el único franco que tiene el privilegio de montar á caballo en Jerusalem, y así estrañé el que me trajesen una yegua árabe, pero supe despues que todo viagero puede hacer lo mismo por su dinero. Salimos de Jerusalem por la puerta de Damasco, y despues tirando á la izquierda, y pasando unas ramblas al pié del Monte Sion, trepamos á una montaña, por cuya cumbre anduvimos una hora. Dejábamos á Jerusalem á la espalda y á la parte del norte, al poniente se veían las montañas de Judea, al levante y mas allá del Mar Muerto las monta-

ñas de Arabia. Pasamos por el convento de San Elías, y me hicieron reparar en una oliva y una peña que está á la orilla del camino, y es el parage en que el profeta descansaba cuando iba á Jerusalén. Una legua mas allá entramos en el campo de Rama, donde se halla el sepulcro de Raquel, el cual es un edificio cuadrado que remata en media naranja y goza de los privilegios de mezquita, pues los turcos y los árabes reverencian á los patriarcas. Las tradiciones de los cristianos convienen en que en estos parages está enterrada Raquel, y la crítica histórica favorece esta opinion; pero no obstante lo que aseguran Thevenot, Monconys, Roger y tantos otros, no puedo reconocer un monumento antiguo en lo que ahora llaman el sepulcro de Raquel, y sin duda es una fábrica turca dedicada á algun santón.

Ya habia anochecido, y descubrimos en el monte las luces de la aldea de Rama: reinaba un profundo silencio, y sin duda en una noche muy semejante fué cuando se oyó de pronto la voz de Raquel: *Oyóse una voz en Rama, mucho lloro y alarido: era Raquel que lloraba á sus hijos, y no quiso consolarse porque ya no existen.* Aquí quedan vencidas la madre de Astyanacte y la de Eurialo; y Homero y Virgilio ceden la palma del dolor á Jeremías.

